

► Varias familias amigas en la merienda del 15 de agosto (día de la Virgen en el río). Distinguimos en la fila de atrás, y de izqda a dcha: Virtudes Zaguirre, Ramón Torres, Paco Yélamos (con desconocido detrás), Carmen Yélamos, María Mirallas, Isabel Rubio, Diego E. Mirallas, Carmen Jiménez Rubio, M^a. del Mar Jiménez Nieto con Francisco Mirallas Jiménez en brazos y (p. siguiente) María Jiménez Cañabate. Delante (de izda. a dcha.): José Zaguirre, dos desconocidos, Delfina López, Juan José Torres, Delfinita Torres, Ignacio Jiménez, Presentación de Torres con Juana Jiménez en el regazo, María Uroz con Manuel Blánquez (hijo), Patrocinio Jiménez y (p. siguiente) Manuel Martínez Reina con su hijo Federico, M^a. Carmen Mirallas Jiménez (niña) y su abuelo Francisco Mirallas Martínez.



IV >

FIESTAS Y COSTUMBRES POPULARES

1 La celebración del mito

Aparte de las matanzas o los muchos días en que se celebraba algo –aunque sólo fuera la reunión social– al hilo de la confección de dulces en Semana Santa o Navidad, la referida campaña almazarera (de enero a marzo), las infinitas horas de jugar a *los sietes*, o las puntuales de *escascaro*, *esparfolle*, etc., el ciclo agrícola de antaño se impulsaba con celebraciones ligadas al calendario religioso, aunque algunas –más o menos míticas– con toda seguridad provienen de tiempos muy antiguos. Después de la principal (que eran las fiestas de la Virgen del Rosario los días próximos al 7 de octubre, con sus *Relaciones* y su *Auto*), en torno a los Santos (1 de noviembre) se comían las castañas y, si no había, bellotas asadas, y poco antes de Santa Lucía, un mes después de las Ánimas Benditas y de otro lado cerca del solsticio de invierno (el viejo culto jupiterino del Sol Invicto), tenían lugar *los hachos*. Después venían las panochas de San Blas (3 de febrero), *las máscaras* (en otros sitios y hoy universalmente traducidas por “carnavales”) y *los ramos* del Domingo de Resurrección. El 25 de abril, por San Marcos, el bayarquino acudía –y aún suele acudir– a los campos para comerse los *hornazos* (bollos hechos con azúcar, huevo y harina sobre los que se colocan, mientras se hornean, uno o varios huevos cocidos) acompañados de *cuerva*, una

> Grupo de jóvenes de Bayarque en los años 50.
(Col: Sebastián Rubio Casanova).





> Procesión con San Antonio en los años 60. (Col: Sebastián Rubio Casanova).



> Niños de Primera Comunión con San Antonio. (Col: Sebastián Rubio Casanova).



> Procesión de los Santos Patronos en las Fiestas Mayores del primer domingo de agosto (1996). (Foto: Sebastián Rubio Casanova).

bebida similar a la sangría que se hace con vino y agua muy azucarada, ocasionalmente limonada (a veces se acompaña de un buen chorro de aguardiente y canela en polvo, si se quieren efectos rápidos)..., en la que pueden macerarse durante varias horas trozos de fruta (peras, sandías, melones, manzanas, melocotones, etc.). El triunfo de la floración, entre la Cruz de Mayo y el Corpus –y amparado por la Devoción a María–, daba lugar a una explosión festiva de alegría, siempre teñida de gracejo y picardía: *los mayos*. No mucho después, tras San Antonio de Padua (13 de junio, Patrón y Protector del pueblo) tenían lugar las hogueras de San Juan (24 de junio, sobre el solsticio de verano). El 15 de agosto llegaba el Día de la Virgen, es decir, la Asunción, y otra vez las familias acudían –y aún acuden– al campo (a menudo en los frescores del río), pero cada vez más a los “cortijos” y merenderos, para comer la *fritá*, hecha con conejo frito al vino, ajos, tomatina y

pimientos asados (precisamente la ilustración de las págs. 156-157 recoge una de esas tradicionales –y más ricas que hoy– reuniones de varias familias y jóvenes junto al río “el día de la Virgen”, en el año 1959). El 14 de septiembre, la ineludible visita al Cristo de Bacares...

Tal ciclo puede parecer al actual urbanita un constante e intenso trajín de fiestas, ágapes y celebraciones. Así era, sin embargo. Aunque la mayoría de las veces hubiera una miseria que daba para poco más que vino y garbanzos, las gentes de antaño se divertían, en mi opinión, más y mejor que las de ahora, pues, felizmente ignorantes de qué podía ser el aburrimiento, el colesterol, la obsesión ridícula –por vana, petulante y enfermiza– de vivir más y cuidar la apariencia física, la neurosis anti-tabaco, la terrible televisión, la angustiosa informática, los automóviles, la telefonía móvil, las *video-consolas*, el *DVD*, el *i-pod*, el “botellón”, las



► Grupo en la fiesta de la Mojonera hacia 1958: los dos primeros son Antonio Jiménez y Encarna "la del Molino".



► Jóvenes después de la misa en 1945: Maribel Quesada, María Quesada, Ángeles Mateo, Carmen Vílchez, una joven de Sufí e Isabel Martínez. En el centro, la niña M^a. Carmen Rueda.



► Grupo de muchachas de los años 50. Las dos de la derecha: Isabel Mirallas y Trini Cuevas.



► Fiestas patronales. Procesión después de las Relaciones de Moros y Cristianos.

Rondallas de cuerda y púa



➤ Algunos ejemplos de la afición musical en Bayarque: varias rondallas de cuerda y púa en épocas distintas y, abajo, reunión de un amplio grupo de amigos y familiares de todas las edades. (Col y fotos: Sebastián Rubio Casanova).



➤ De izquierda a derecha, Diego Evaristo Mirallas, Cayetano Mirallas, José Onofre Cuevas, Federico García, Andrés Cuevas López, desconocido y Francisco Cuevas López.



➤ De izquierda a derecha, Diego Evaristo Mirallas, Andrés Cuevas López, dos desconocidos, Ignacio Jiménez (de espaldas) y José Martínez.



➤ Mujeres, de izquierda a derecha: desconocida, Carmen Vilchez, Trini Cuevas, Rosario Nieto, Lidia Cuevas, María del Mar Jiménez, Concepción Mirallas, Virtudes Pérez y Emilia Sánchez. Hombres, de izquierda a derecha: Diego 'el de Bautista', Diego Evaristo Mirallas, Antonio Cañabate, Rafael Martínez, desconocido (con gafas), Andrés Cuevas López (guitarra) y Rafael 'el de Bautista'. Niños desconocidos.

2 La cencerrada

drogas y los tugurios (discotecas y similares) o, en fin, la supina estupidez del ocio actual..., esperaban con enorme ansiedad estos especiales momentos de esparcimiento, esa insaciable capacidad de sorpresa, de disfrute y de vida que les hacía mitigar sus problemas cotidianos, y eso que no se cuentan otros menores o improvisados. Por ejemplo, los sorteos de *quintos* (mozos que tenían que hacer el servicio militar, antes de que se volviera a los ejércitos de mercenarios propios del mundo pre-liberal), los *secuestros* de conejos (los jóvenes los sustraían de los corrales, casi siempre sabiéndolo los dueños, para comérselos fritos en el bar), las *rondas* a las novias o los muchos bailes contratados por uno o varios solteros, que –por el vino o, a veces, el aguardiente que bebieran– eran atendidos por músicos de cuerda y, más recientemente, de acordeón.

Obviemos los ritos más conocidos, por universales, como la Cruz de Mayo o la noche de San Juan, y detengámonos en las peculiaridades bayarquinas referidas a las *cencerradas*, *los mayos*, *los hachos*, *las máscaras* (Carnestolendas), *los ramos* y las ya referidas fiestas mayores en honor a Nuestra Señora del Rosario, la soberana advocación de Bayarque. Era entonces, aprovechando el primer domingo de octubre, cuando se representaba *la Relación* (o *Relaciones*) y *el Auto*, antes de que modismos economicistas trasladasen estas Fiestas Mayores del pueblo al primer fin de semana de agosto, por mor de amparar la presión de los emigrados a otras tierras (sobre todo catalanas) y para que, en fin, esos días se lucieran con más gente en un pueblo cada vez más despoblado, como repetiré más adelante.

Una cencerrada tiene bastante que ver con la etnología agraria. Para el campesino era otro descanso en la brega que le hacía olvidar las penurias. Todavía alguna de fechas recientes se recuerda con insistencia en Bayarque. Se daba al viudo que contraía nuevas nupcias –pues de ningún modo cabe la figura en primer matrimonio, como quieren algunos, y asimismo se desvirtúa cuando quiere dirigirla, pretendiéndola, el destinatario–, era una obligación ineludible y concitaba la asistencia de todo el pueblo. Estamos, pues, ante una costumbre nunca querida por la víctima para que sea auténtica. La ácida ironía de los participantes, como la feroz oposición de la familia que haya de recibirla, son requisitos indispensables. Esta es una de las razones por las que hoy es una reliquia prácticamente extinguida. Los participantes recorrían las calles agitando vivamente los cencerros del ganado. De ahí el nombre, pero también el sentido, de tal costumbre muy grata para el pueblo, pero no para el destinatario, pues con el cencerro quiere indicarse el aspecto de celo animal y de posibles connotaciones cabrías que identifican la nueva *coniunctio* marital con el ganado trashumante. Con sartenes y cacerolas, se golpeaban después con estrépito hasta concentrarse la muchedumbre frente a la casa de los recién casados, y mejor –si se podía– frente a la ventana del oportuno dormitorio. El ruidoso barullo humano duraba hasta conseguir que invitase a toda la concurrencia el nuevo esposo o contrayente de hecho. Decimos “de hecho” porque perfectamente podía haberse *llevado a la novia* sin celebración matrimonial de ninguna clase, siendo tal práctica bastante común entre numerosos bayarquinos, casi siempre jóvenes solteros pero también viudos, porque en las épocas referidas no cabía la posibilidad de divorcio o separación legal –ni tales figuras llegaron a aplicarse aquí durante la Segunda República, única época, aparte de la actual, en que se admitieron–, aunque sí había separaciones de hecho. Con la fuga de la pareja, que ahorra cualquier convite o gasto y que venía a suplir las formalidades morales de esos tiempos, todo el mundo daba por consumado un matrimonio de hecho (*more uxorio* en el lenguaje jurídico). Normalmente estas parejas se casaban después, casi siempre en la iglesia y rarísimamente en el juzgado, en la más estricta intimidad, pero algunas no llegaron a contraer válida o jurídicamente jamás. Las jóvenes parejas actuales se reirán de estas cosas, cuando casi todo es hoy irse a vivir juntos, haya o no matrimonio a la vista.

Salía, pues, la víctima y tenía que invitar a los concurrentes a unos litros de vino –si su economía se lo permitía– o, cuando menos, unos garbanzos *torraos* (tostados y cubiertos de harina), pero tampoco

3 Mayos, hachos y máscaras

interesaba a la gente que saliese demasiado pronto, porque durase más la juerga. Algún trovero ocasional interrumpía cada poco la cencerrada para que circularsen chascarrillos sobre la nueva unión –en los que el protagonista no siempre salía bien parado, sobre todo si se resistía al convite–. La última ocasión verdaderamente etnológica se dio en 1978. Nos cuentan los asistentes que hubo no sé si dos o tres días de *cencerrá* porque el “novio” –hombre ya añejo y por el que guardo el mayor de los respetos– se resistía a salir, es decir, a convidar. El alcalde del momento llegó a decirle: “fulanito, convidas tú o convido yo, pero esto tiene que acabarse, que tengo el pueblo *revolucionao*”. Se asaron conejos y patatas en la calle... Hasta cohetes hubo.

Otro jolgorio se vivía en *los mayos*, pero también con mixtura de gracia y temor. Durante todo el mes de mayo, periódicamente se convocaba en la plaza de Arriba una especie de recital o representación (aunque también podía haber ciertas actuaciones, como veremos en seguida), medio en prosa, medio en verso, que aludía a los acontecimientos, novedades y trifurcas personales que habían estado en boca de todos durante el año anterior, de mayo a mayo. Había verdaderos especialistas en escribirlos o enseñarlos a los oradores (porque estos autores de fondo intentaban permanecer ocultos), como asimismo especialistas en recitarlos. Casi todos esperaban y reían las gracias de los oradores, pero a la vez tenían *salir en los mayos*, porque a menudo era una crítica mordaz teñida de ironía la que traducían los chismes que se habían murmurado a lo largo del año: noviazgos no queridos por alguna familia, peleas personales, sucesos curiosos o estrambóticos, burlas de pueblos vecinos, percances agrícolas caricaturizados, etc.

Casi siempre era cierta población cercana, por su importancia o eventuales complejos de grandeza entre los pueblecitos que la rodean, la destinataria de las burlas. Año hubo en que, por influencia de un poderoso y con motivo de no sé qué fiestas, solemne procesión o similar evento, descendieron allí unos paracaidistas. El caso es que en Bayarque los graciosos de siempre, en los mayos, satirizaron el asunto tirando unos sero-



> Hacho.



➤ Máscaras en las fiestas patronales.
(Fotos: Sebastián Rubio Casanova).

nes viejos, ardiendo, desde una terraza hacia la plaza de Arriba. Tal mohín cogieron en dicho pueblo vecino, que el comandante de puesto de la Guardia Civil vino a Bayarque no sé muy bien si a detener a los culpables, a quejarse o exigir sanción, pero, haciendo valer su superior autoridad, el oportuno alcalde de aquí se impuso con toda justicia, haciendo ver al agente lo ridículo de su pretensión. Otra vez hubo chanza de cierta parada espectacular que se hizo en la misma localidad aprovechando también algún magno acontecimiento: si allí circularon vistosas caballerías y carros ricamente decorados, aquí hubo en los mayos una procesión de carretillas desvencijadas, cargas de estiércol portadas por animales viejos o decrépidos, etc. Incluso alguno llegó a proponer que se replicara en Bayarque una de esas corridas de toros improvisadas con cabras moribundas –de éstas, patéticas, que no ha sido raro ver en los montes abandonadas por los mismos ganaderos– que habrían de “lidiar” los mismos y estrafalarios toreros que recitaban los mayos o hacían de *espías* en *la Relación* (esté tranquilo el lector profano con tales expresiones, que dentro de muy poco hablaremos de este asunto, y también confirmaremos la escasa aptitud para la lidia de los hijos del pueblo).

La noche de *los hachos* (8 de diciembre, muy cerca de Santa Lucía) era más bien un ritual entre pagano y cristiano en que se prendían con fuego los manojos de esparto muy seco machacado con específicos morteros de madera, con el mismo procedimiento seguido para las trenzas finas de esparto (*ramales*, *cinchas* de caballerías, suela de las *esparteñas*...), pero del trabajo del esparto se dio mejor cuenta en II.6. Algunos se trabajaban de manera extremadamente artística. Niños o no tan niños recorrían después las calles del pueblo con esas antorchas, participando en la guerra de la luz sobre las tinieblas, y al socaire de ella concitaban la protección de los santos.

De su parte, los días de Carnestolendas previos a la importante Cuaresma siempre tuvieron especiales seguidores en Bayarque. Pero aquí no cabe hablar propiamente de “carnavales”, tal y como se entienden hoy, mercantilizados y vulgarizados por los actuales *mass media*, sino de las auténticas *máscaras*. En éstas, lo importante era improvisar los atuendos más estrafalarios, casi tanto como ocultar la identidad de quienes *iban de máscaras*. Alguna prohibición que se hizo de tales ocultaciones aduciendo los desmanes o venganzas que ello podía provocar (durante algunos regímenes) siempre se eludió en Bayarque con toda naturalidad, por mucho que se empeñaran en aplicarla algunos alcaldes. Nunca ha hecho falta ningún Motín de Esquilache en nuestros pequeños municipios para desobedecer órdenes que iban en contra de las tradiciones populares más arraigadas. Significativamente, sólo cuando dejaron de prohibirse han terminado desapareciendo, ante el todavía peor embate de los modernos usos sociales universales (querían “aldea global” y la están consiguiendo, convirtiéndonos en seres que vegetamos más o menos igual en Tokio, Madrid, Bayarque, Burkina-Fasso o Vancouver). Iban las máscaras, pues, de casa en casa, haciendo burla de casi todo y recibiendo los eventuales convites de los visitados. Asimismo, y teniendo en cuenta que se celebraba el exceso de la carne previo a la penitencia, el recogimiento y la oración, destacaba el momento de *vestirse de máscaras* en cámaras y dormitorios donde se mezclaban mujeres y hombres, y allí podían ocurrir ciertos deslices.